

RACISMO, DISCRIMINACIÓN Y VIOLENCIAS:

experiencias de mujeres
afrocolombianas que
realizan actividades
sexuales pagadas
en Bogotá

Racismo, discriminación y violencias: experiencias de mujeres afrocolombianas que realizan actividades sexuales pagadas en Bogotá

Observatorio de Mujeres y Equidad de Género – OMEG -

Diseño de investigación

Bogotá D.C., 2025

Diciembre, 2025

Para obtener la versión digital de este documento, puede consultar la siguiente página web:

<https://omeg.sdmujer.gov.co/>

Para citar este documento: Secretaría Distrital de la Mujer (2025) *Racismo, discriminación y violencias: experiencias de mujeres afrocolombianas que realizan actividades sexuales pagadas en Bogotá*.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ, D.C.

SECRETARÍA DISTRITAL DE LA MUJER

Carlos Fernando Galán Pachón

Alcalde Mayor de Bogotá

Laura Marcela Tami Leal

Secretaria Distrital de la Mujer

Juliana Martínez Londoño

Subsecretaria del Cuidado y Políticas de Igualdad

Isabella Muñoz Gómez

Directora de Gestión del Conocimiento

Equipo Observatorio de Mujeres y Equidad de Género

Laura Carolina Díaz Parra

Líder del Observatorio de Mujeres y Equidad de Género

Lina Liseth Hinestroza

Adriana Durán

Vanessa Giraldo Galindo

Daniela Mahé Soto

Grupo de investigación Observatorio de Mujeres y Equidad de Género

Diagramación

Andrea Isaacs Coral

Diseñadora Observatorio de Mujeres y Equidad de Género

Presentación

La Secretaría Distrital de la Mujer consolidó el Observatorio de Mujeres y Equidad de Género (OMEG) como una herramienta estratégica para la toma de decisiones en la gestión pública, mediante acciones de recopilación, análisis y difusión de información sobre los derechos de las mujeres en Bogotá. Desde esta labor, el Observatorio busca acercar el conocimiento a la ciudadanía, visibilizando las desigualdades y afectaciones que enfrentan las mujeres en el Distrito Capital, desde una perspectiva de derechos humanos y con enfoques interseccional y diferencial. En cumplimiento de su misión, el OMEG identifica y analiza problemáticas socialmente relevantes, orienta la implementación de la Política Pública de Mujeres y Equidad de Género (PPMyEG) y facilita el acceso a información para fortalecer la participación ciudadana y la exigibilidad de derechos.

Esta investigación se enmarca en el reconocimiento de las Actividades Sexuales Pagadas (ASP) como un ámbito feminizado que, lejos de reducirse a una cuestión sanitaria o administrativa, demanda un abordaje garantista de derechos. La Política Pública de Actividades Sexuales Pagadas 2020-2029, formulada por el CONPES 11 y actualizada en 2022, reivindica el tránsito “hacia una postura garantista de derechos de las personas que las realizan, alejándose de toda forma de violencia o delito sexual y buscando por el contrario su visibilización”(pág 8). En dicho documento se reconoce que las ASP son “principalmente una actividad feminizada” y que las personas que las ejercen, en su diversidad de orientaciones sexuales e identidades de género, enfrentan vulneraciones de derechos que se acentúan al cruzar estas actividades con factores como la pertenencia étnico-racial o la condición de víctima del conflicto armado.

Esta apuesta por la garantía y restitución de derechos encuentra soporte en la Política Pública de la Población Negra, Afrocolombiana y Palenquera 2024-2036, la cual identifica el racismo estructural y la discriminación racial como obstáculos históricos para la satisfacción de necesidades básicas y la garantía de derechos, la erradicación de la pobreza y la implementación de un modelo de desarrollo sostenible que respete la cosmovisión de estas comunidades. A su vez, la Política Pública de Mujeres y Equidad de Género 2020-2030 reafirma la necesidad de transversalizar los enfoques de género y diferencial en todas las instancias de planificación distrital, subrayando que la inequidad y las violencias contra las mujeres se manifiestan en todas las etapas de la vida y requieren intervenciones sostenidas y participativas.

En este entramado de políticas, la presente investigación se inscribe en el producto concertado con la Subcomisión de Mujer y Género de la Consultiva Distrital de Comunidades Negras, 1.1.4., que establece el desarrollo de un estudio orientado a identificar, describir y analizar las afectaciones derivadas del racismo y la discriminación racial, incluyendo dimensiones relacionadas con las violencias étnico-raciales, de género y por orientación sexual, vividas por mujeres negras y afrocolombianas que realizan actividades sexuales pagadas en Bogotá. Este producto se proyectó para ser ejecutado durante el 2025.

Para dar cumplimiento, el estudio adoptó un enfoque mixto: por un lado, desarrolló un análisis estadístico de la Actualización de la Caracterización de las Personas que realizan ASP (SDMujer, 2022); y, por otro, profundizó en un análisis temático de relatos recogidos a partir de entrevistas con mujeres negras y afrocolombianas que realizan actividades sexuales pagadas. Esta aproximación analítica permitió poner los datos cuantitativos en diálogo con

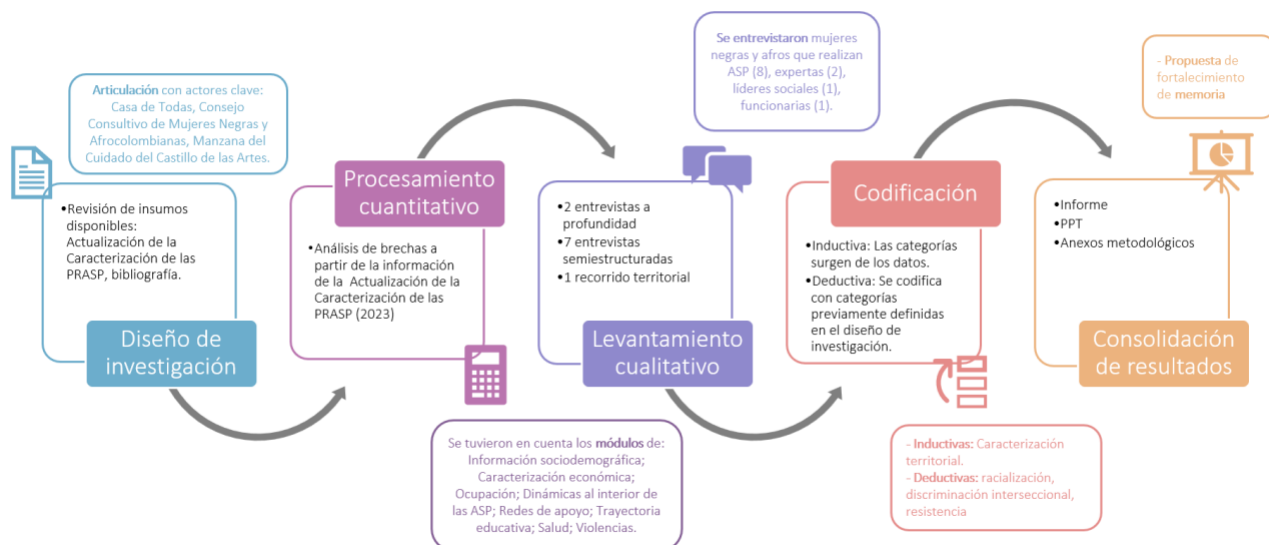
las voces y experiencias de las mujeres, reconociéndolas como sujetas políticas y productoras de conocimiento sobre sus propias realidades.

El documento inicia con una lectura interseccional que orienta el análisis y permite comprender cómo se articulan las jerarquías de raza, género y estigma sobre las ASP en la experiencia de las mujeres negras y afrocolombianas que realizan actividades sexuales pagadas. En segundo lugar, se presenta la ruta metodológica que sustentó la investigación. Posteriormente, los hallazgos se organizan en cuatro subapartados: el primero aborda la discriminación interseccional identificada en los relatos de las participantes; el segundo examina las consecuencias de estas dinámicas, incluyendo sus impactos emocionales, sociales y en la garantía de derechos; el tercero describe las estrategias de agencia y resistencia que las mujeres han construido para enfrentar un entorno hostil; y el cuarto ofrece un acercamiento histórico al barrio Santa Fe, entendido como un territorio configurado por procesos de segregación urbana, desplazamiento, economías informales, disputas entre bandas criminales y prácticas de cuidado colectivo. Desde este contexto, se analizan las memorias sobre la llegada, el asentamiento y la realización de actividades sexuales pagadas en un escenario atravesado por el estigma y la regulación espacial.

Marco metodológico

Para comprender los impactos del racismo y la discriminación racial sobre las mujeres negras y afrocolombianas que realizan actividades sexuales pagadas, se desarrolló una ruta metodológica que combinó herramientas cuantitativas y cualitativas, coherente con el enfoque interseccional y con la centralidad de las experiencias de las mujeres.

Ilustración 1. Ruta metodológica



Fuente: elaboración propia

La primera fase correspondió al **diseño de investigación**. Se inició con la revisión de insumos existentes, entre ellos la *Actualización de la Caracterización de las PRASP*¹ y bibliografía sobre racismo, estigmatización de las ASP e historia del barrio Santa Fe. Con esa base, se integró una articulación con actores institucionales y comunitarios clave: la Casa de Todas, el Consejo Consultivo de Mujeres Negras y Afrocolombianas y la Manzana del Cuidado del Castillo de las Artes.

La segunda fase consistió en el **procesamiento cuantitativo** mediante un análisis de brechas a partir de la información disponible en la Caracterización de PRASP (2022). Este ejercicio se desarrolló tomando como punto de partida la composición étnico-racial de la muestra: el estudio registró que el 8,9 por ciento de las personas encuestadas se reconoció como negra, afrocolombiana o afrodescendiente, equivalente a 268 personas. Esta proporción constituye un grupo poblacional suficientemente robusto para examinar sus condiciones en clave interseccional y étnico-racial, y permitió contrastarlas con el resto de la muestra sin esta autoidentificación con el fin de identificar desigualdades comparativas.

El análisis exploró módulos como información sociodemográfica, condiciones económicas, ocupación, dinámicas internas de las ASP, redes de apoyo, trayectoria educativa, salud y violencias. La lectura de brechas resultante permitió reconocer patrones diferenciales en la distribución de oportunidades, riesgos y afectaciones, lo cual orientó el diseño del trabajo cualitativo posterior y proporcionó un marco interpretativo sólido para comprender cómo se configuran y profundizan las inequidades que afectan la garantía de derechos.

La tercera fase fue el **levantamiento cualitativo**, orientado a profundizar en las experiencias diferenciadas del racismo. Se realizaron dos entrevistas a profundidad, siete entrevistas semiestructuradas y un recorrido territorial. Participaron ocho mujeres negras y afrocolombianas que realizan ASP, además de expertas, lideresas y funcionarias con trayectoria en el territorio. Esta fase permitió acceder a los relatos sobre afectaciones, pero también a las estrategias de protección, sostenimiento y cuidado colectivo que emergen en escenarios atravesados por violencia, criminalidad y control territorial.

Posteriormente se desarrolló la **fase de codificación y análisis**, mediante un enfoque mixto. Desde lo inductivo, se permitió que las categorías emergieran directamente del material cualitativo, especialmente en lo relativo a prácticas territoriales, memorias y trayectorias en el barrio Santa Fe. Desde lo deductivo, se aplicaron categorías definidas en el diseño, como racialización, discriminación interseccional, agencia, estigma y resistencia. Este diálogo entre teoría y experiencia posibilitó profundizar en la comprensión de los impactos diferenciados del racismo en la vida cotidiana de las mujeres.

¹ La actualización de la caracterización de las personas que realizan actividades sexuales pagadas se desarrolló en 2022 con el propósito de actualizar la información disponible sobre sus condiciones de vida y las dinámicas que configuran el ejercicio de las ASP en Bogotá. El estudio aplicó 3.004 encuestas en distintos puntos de concentración de la actividad en la ciudad e incorporó un conjunto ampliado de categorías analíticas incluyendo condiciones socioeconómicas, estigmatización, experiencias de violencia, acceso a servicios, percepciones territoriales y relaciones con las instituciones. El estudio registró que el 8,9% de las personas encuestadas se reconoció como negra, afrocolombiana o afrodescendiente, equivalente a 268 personas, lo que evidencia un grupo poblacional significativo cuyas experiencias pueden ser analizadas con enfoques interseccional y étnico-racial.

Finalmente, se avanzó en la **fase de consolidación de resultados**, que incluyó la elaboración del informe y de los anexos metodológicos.

Hallazgos

Agradecemos a las compañeras de la Manzana del Cuidado del Castillo de las Artes, a las lideresas sociales y a cada una de las mujeres que participaron en las entrevistas y espacios de conversación. Su generosidad al compartir experiencias, memorias y reflexiones hizo posible esta investigación y aportó una comprensión situada, rigurosa y profundamente humana de las realidades que viven las mujeres negras y afrocolombianas que realizan actividades sexuales pagadas en Bogotá. Este trabajo se sostiene en su voz, en su tiempo y en su confianza, y aspira a contribuir a la defensa y garantía plena de sus derechos.

Discriminación interseccional

Investigar las afectaciones del racismo y la discriminación racial hacia las mujeres que realizan actividades sexuales pagadas implica interrogar cómo opera el racismo en el contexto específico de las ASP, qué lo diferencia de otras manifestaciones de racismo en la ciudad y cómo se entrecruza con desigualdades de género, clase, territorialidad y estigmatización de las ASP. Adoptar este enfoque supone reconocer que un análisis interseccional no convierte la subordinación en una identidad fija, sino que parte del reconocimiento de identidades múltiples, atravesadas por opresiones y privilegios en simultáneo, cuya manifestación depende del contexto histórico, social, económico, político y cultural en el que los cuerpos se inscriben (Drullard, 2023).

En este texto, la interseccionalidad se asume desde una comprensión contextual, que reconoce que las jerarquías del sistema colonial moderno no solo se reproducen, sino que también pueden reconfigurarse o cuestionarse en la experiencia cotidiana de las mujeres negras y afrocolombianas. Esta lectura trasciende el uso instrumental o meramente descriptivo del concepto y se nutre de los debates producidos en América Latina por teóricas decoloniales que han señalado sus límites y posibilidades. Yuderkys Espinosa (2014) advierte que, dentro de una lectura hegemónica del género, persisten resistencias a desarmar los marcos analíticos que ocultan cómo las categorías de poder no operan de manera paralela, sino de forma entrelazada, produciendo relaciones de dominación dentro de los propios grupos oprimidos y también dentro de los grupos privilegiados.

Partiendo de esta base, el análisis de las experiencias de las mujeres negras y afrocolombianas que realizan ASP en Bogotá debe situarlas en un entramado interseccional donde confluyen procesos de racialización, género, estigmatización laboral y segregación urbana. Este enfoque permite identificar factores que afectan el ejercicio de sus derechos, al tiempo que ilumina las formas en que la ciudad produce y reproduce desigualdades estructurales. Así, comprender estas experiencias exige analizar tres dimensiones convergentes:

1. Ser una persona negra en un contexto latinoamericano caracterizado por un racismo simbólico² que articula el mito del mestizaje³ con jerarquías que privilegian la blanquitud⁴ como ideal social;
2. Ser una mujer negra, atravesada por un sistema donde el racismo estructural, el patriarcado y la colonialidad producen posiciones sociales diferenciadas y no universalizables y configuran experiencias diferenciales en cuanto a la garantía de derechos;
3. Realizar actividades sexuales pagadas en un contexto urbano segregado que combina estigma moral, controles institucionales y dinámicas territoriales asociadas al deterioro urbano y a economías informales.

La comprensión de los impactos del racismo y la discriminación racial que enfrentan las mujeres negras y afrocolombianas que realizan actividades sexuales pagadas exige partir del carácter social, histórico y colonial del concepto de raza. Lejos de remitir a diferencias biológicas, la raza es una construcción ideológica utilizada para jerarquizar grupos humanos y legitimar su subordinación. Como señala el CONPES 39 (2023), atraviesa discursos y prácticas socioculturales, situando a unas poblaciones por encima de otras. Autoras como Romaña (2020) han mostrado cómo esta clasificación opera como un pilar del orden social, asignando valor, capacidad y humanidad de manera desigual.

En este marco, el racismo no corresponde a actos aislados de prejuicio, sino a una estructura de poder consolidada desde la expansión colonial europea. Moreno (2022) explica que la clasificación de pueblos por colores y geografías funcionó como dispositivo para justificar la dominación económica, política y cultural. Esta matriz transformó rasgos físicos y prácticas culturales en marcadores de valor social, convirtiendo la diferencia en inferiorización anclada en el cuerpo. El concepto de racialización permite entender cómo estas jerarquías siguen reproduciéndose hoy, en miradas, discursos, regulaciones y violencias que otorgan significado social a los cuerpos, aun cuando la noción explícita de “raza” se enuncie menos.

Comprender estas jerarquías implica también reconocer que, en el orden colonial, las mujeres negras no fueron concebidas como “mujeres” en sentido pleno. Como plantea Lugones (2012), la colonialidad del género otorgó humanidad y respetabilidad sólo a las mujeres blancas-europeas, mientras que a las mujeres negras e indígenas las ubicó en un lugar de deshumanización: hipersexualizadas, bestializadas y disponibles para la explotación física y sexual. En esta lógica, la raza antecede y condiciona el género: la mujer negra es leída primero como negra y, desde esa racialización, se le niega la posibilidad de encarnar la categoría de “mujer” reconocida por el orden patriarcal y colonial.

² El racismo en América Latina opera mediante lógicas particulares: frente al modelo segregacionista estadounidense, en la región ha predominado un racismo simbólico, menos visible en la ley pero profundamente arraigado en los imaginarios, en las interacciones cotidianas y en mecanismos indirectos de exclusión (Pineda, 2017; Olaya, 2023)

³ Narrativa social que proyectó una aparente igualdad racial mientras consolidaba jerarquías que privilegiaron la blanquitud como ideal cultural, estético y social. Bajo esta narrativa, la diversidad étnico-racial fue presentada como un obstáculo para el progreso y la modernidad (Moreno, 2022; Wade, 1997; Viveros, 2016; Romaña, 2020)

⁴ Este proceso configuró un proyecto nacional orientado por lógicas de blanqueamiento, entendido tanto como política cultural como aspiración de movilidad social. El resultado fue la consolidación de un *hábitus blanco* que continúa moldeando los modos legítimos de ser, habitar y participar en la sociedad. (Pineda, 2017; Olaya, 2023)

36% de las mujeres blanco-mestizas, además de mayores niveles de exposición pública de hechos íntimos y agresiones por parte de transeúntes y personas cercanas. Esta diferencia de 11 puntos porcentuales evidencia un patrón sistemático de desigualdad que puede comprenderse a partir de dos formas específicas de racialización.

El primer marcador identificado en los relatos es el color de piel. Las experiencias narradas por las participantes demuestran que gran parte de las manifestaciones de racismo que enfrentan se asemejan a las vividas por otras mujeres negras en la ciudad. En espacios como el transporte público, los establecimientos comerciales o las instituciones, **el cuerpo negro es leído como “fuera de lugar”, amenazante o exótico**. Las mujeres describen reacciones de distancia o miedo apenas ingresan a un espacio. En sus palabras:

“En el Transmilenio, uno se sienta y las personas blancas se levantan, como si les diera asco.” (Entrevista 5, comunicación personal, 24 de septiembre)

“No hay necesidad de que la persona sea grosera para demostrarlo (...) con la mirada ya te dicen todo: que no eres de aquí o que no sirves para estar en este lugar. Me he sentido aislada, como un punto negro para todo el mundo.” (Entrevista 6, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025)

Estos gestos, silencios y miradas reproducen el racismo al seguir interactuando con el cuerpo negro desde las dinámicas de exclusión. La forma en que las mujeres son nombradas refleja este proceso: “Le dicen a uno que negra, mi negra, mi color, así.” (Entrevista 5, comunicación personal, 24 de septiembre). Este lenguaje borra la individualidad al reemplazar el nombre por un color, reforzando la idea de otredad y despojando a las mujeres de su condición plena de sujetos. En algunos casos, estos señalamientos se manifiestan de manera abiertamente violenta:

“Una vez yo estaba parada y me dijeron: ‘oye tú, negra asquerosa’. Yo le dije: no me siento mal por mi color, al contrario, me enorgullece. Pero sí me dolió, porque fue muy humillante.” (Entrevista 2, comunicación personal, 24 de septiembre)

También se identificó la asociación entre negritud, suciedad y animalidad, lo que evidencia que, antes que ser leídas como mujeres, son leídas como cuerpos racializados. Es decir, la racialización antecede al género en la lectura social de sus cuerpos y define de manera jerárquica su ubicación en el orden social. Siguiendo el marco analítico trabajado, esta configuración remite a la idea de que el género opera como un marcador que otorga humanidad plena, una humanidad históricamente asociada a la feminidad blanca:

“hay personas que pasan y gritan que simio, que gorila” (Entrevista 1, comunicación personal, 24 de septiembre)

“Más de uno dice: ay, yo no como negra, porque huelen a mariscos o porque huelen a feo.” (Entrevista 3, comunicación personal, 24 de septiembre)

Sin embargo, estas mismas lógicas adquieren características y riesgos particulares en su lugar de trabajo. En el barrio Santa Fe, la racialización del cuerpo negro se articula con dinámicas territoriales marcadas por el control de bandas criminales. En este contexto, la discriminación racial no solo se expresa en estigmas o tratos humillantes, sino que puede convertirse en un mecanismo que legitima castigos violentos y formas extremas de disciplinamiento.

La racialización, al funcionar como un marcador visible, se vuelve una categoría que puede activar sospechas colectivas, justificar agresiones o delimitar zonas de tránsito y permanencia dentro del barrio. Una participante explicó cómo esta convergencia entre racismo y control territorial produce efectos severos:

“Si creen [los miembros de bandas criminales] que una robó, la golpean o la torturan. Muchas veces quedan con laceraciones. Dicen: ‘tal negra robó’, y ya saben dónde ubicarla. Por eso muchas han preferido irse a vivir a otra parte.” (Entrevista 8, comunicación personal, 09 de septiembre de 2025)

Este testimonio muestra que el lugar de las mujeres negras en el contexto de las ASP no se configura únicamente por el racismo estructural que comparten con otras mujeres negras de la ciudad. También se ve atravesado por una discriminación interseccional en la que el color de piel opera como un marcador que puede desencadenar violencias más intensas debido a la presencia de actores armados y a las lógicas de control territorial.

Hipersexualización: “resistencia al dolor”, mayor visibilidad y menores ingresos

El segundo eje mediante el cual opera la racialización sobre las mujeres negras que realizan actividades sexuales pagadas es la **hipersexualización**. Este proceso se expresa tanto en las expectativas del mercado sexual como en los tratos diferenciados que reciben por parte de los clientes, y configura un conjunto de relaciones atravesadas por estereotipos raciales que legitiman prácticas violentas. Las participantes reconocen que estas exigencias moldean las interacciones cotidianas, particularmente a través de la lectura de los cuerpos de las mujeres negras como cuerpos “resistentes al dolor”, una forma de racismo que se traduce en violencias físicas, sexuales y simbólicas por parte de algunos clientes:

“El sábado tuve un cliente que lo primero que hizo fue golpearme en la cara. Me decía que nosotras habíamos nacido para hacer aseo y besarle los pies a la gente (...) En mi trabajo sexual siempre he tenido el mismo problema: los golpes. Me dicen que ‘así se tratan las negras’.” (Entrevista 6, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025).

En varios casos, la hipersexualización se entrelaza con trayectorias de desplazamiento y migración. Muchas mujeres llegan a Bogotá motivadas por redes de confianza o por expectativas de un “deseo racializado” que supuestamente favorecería sus oportunidades laborales, pero se enfrentan al racismo estructural:

“Una amiga que era de Buenaventura me dijo vámonos para Bogotá... me convenció y me vine con ella. Me decía que allá les gustan las morenas, pero yo le dije que allá son racistas, que no les gustan las morenas. Hasta que me convenció y me vine” (Entrevista 5, comunicación personal, 24 de septiembre).

Estas expectativas contrastan con las condiciones reales en las que realizan ASP:

“Esa esquinita donde ella va, ahí siempre vas a encontrar, como dicen por ahí, las negras, porque para allá son como chicas blancas. ¿Será porque cobran menos? Cobran menos, sí. Y creo que también porque al hombre blanco casi no le gusta. Es que les huelen feo las morenas, las negras... como que cobran menos y como que la mayoría de los humanos les gustan son las blancas, no las negras.” (Entrevista 7, comunicación personal, 24 de septiembre).

Los datos cuantitativos de la Actualización de la Caracterización de las PRASP (Secretaría Distrital de la Mujer, 2022) confirman estas desigualdades. Las mujeres negras y afrocolombianas trabajan más horas y con mayor frecuencia los siete días de la semana: el 33% ejerce diariamente, frente al 25% de las mujeres blanco-mestizas. No obstante, sus ingresos son inferiores: el 27,5% gana menos de \$233.000 semanales, y cobran tarifas más bajas por servicio (17,5% frente a 14,3% de las mujeres blanco-mestizas). Además, destinan una mayor proporción de sus ingresos a intermediarios: el 55% entrega entre el 11% y el 20%, 14 puntos porcentuales más que las blanco-mestizas. También dependen más de ayudas familiares y concentran la mayor demanda de servicios al final de la quincena (27% frente a 21%).

Estas brechas se reflejan también en la segmentación del mercado sexual. Las mujeres negras atienden en mayor proporción a clientelas menos valorizadas dentro del sistema de jerarquías que estructura el capital erótico dentro del mercado sexual, como personas adultas mayores (90 % frente a 82 %), personas con discapacidad mental (11 % frente a 7 %) y personas que buscan cumplir fetiches (49 % frente a 46 %). Esto muestra cómo la precarización económica se articula con formas de racialización que restringen el acceso a mejores oportunidades de ingreso.

Aunque los discursos suelen incluir miradas fetichizadas —ya sea desde clientes que buscan a mujeres negras porque “son voluptuosas” o “ardientes”, o desde algunas PRASP que señalan que “las personas negras tienen un plus porque tienen el cuerpazo de la vida”—, el ideal hegemónico de belleza continúa reforzando jerarquías raciales. La blanquitud opera como medida de valor y deseabilidad, mientras que los rasgos afro —piel oscura, cabello crespo, facciones amplias— son interpretados como desventajas. Esto afecta tanto la relación con los clientes como el acceso a oportunidades en los establecimientos donde se realizan ASP:

“A veces en los negocios dicen: no aceptamos mujeres morenas, y si aceptamos, máximo una o dos, porque a los de calle no les gustan. Entonces no te puedo recibir.” (Entrevista 5, comunicación personal, 24 de septiembre).

El ideal estético dominante también opera como un mecanismo de disciplinamiento corporal. Muchas mujeres recurren a procedimientos estéticos riesgosos o informales para acercarse a los estándares hegemónicos de belleza. Las entrevistas señalan la aplicación de inyecciones de aceites o siliconas industriales, asociadas tanto al deseo de reconocimiento como a la necesidad de sobrevivir en un mercado discriminatorio. Una participante relató: “Por alcanzar ese estereotipo banal de belleza y feminidad, de las curvas perfectas, algunas han perdido la vida y otras hoy sufren graves consecuencias en su salud.” (Entrevista 8, comunicación personal, 9 de septiembre).

Esta tendencia aparece también en los datos de la caracterización: el 10% de las mujeres negras reportó haberse sometido a procedimientos estéticos, frente al 7% de las blanco-mestizas.

La intersección entre racismo y transfobia profundiza estas exclusiones. Las mujeres trans negras que realizan ASP enfrentan un contexto en el que la colonialidad del género impone un modelo blanco, delgado, cisgénero y heterosexual como referente de feminidad, lo que margina sus corporalidades en los espacios de ASP:

“Si tú no eres tan bonita o no estás tan operada, no puedes estar con nosotras [trabajando en esa calle], porque prosperan más las chicas que alcanzan ese estereotipo de feminidad.” (Entrevista 8, comunicación personal, 9 de septiembre).

Durante el trabajo de campo, se identificó que la transfobia es una de las expresiones del racismo que se expresa de manera más abierta, por parte de las y los agresores. Varias participantes señalaron que, aunque viven discriminación racial, la violencia suele nombrarse desde su identidad de género con expresiones como “a mí me matan por trans”. En estos relatos, lo racial aparece como un trasfondo estructural invisibilizado en el marco de expresiones de violencia más directas.

A pesar de este escenario, emergen prácticas y discursos de resistencia que reafirman la dignidad y el derecho a la autodeterminación corporal. Expresiones como “que la barba no lo confunda” condensan una reivindicación política de las identidades trans que desafían los mandatos coloniales sobre belleza, género y humanidad, y dan cuenta de una agencia que se ejerce incluso en contextos profundamente desiguales.

Afectaciones de la conjugación racismo/patriarcado/estigma de las ASP en la vida de las mujeres negras y afrocolombianas

Barreras en la garantía de derechos

El análisis de los relatos muestra que el racismo tiene efectos estructurales en la vida de las mujeres negras y afrocolombianas que realizan ASP, al generar barreras persistentes para el acceso y ejercicio efectivo de sus derechos. Entre los más afectados, destacan los derechos a una vida libre de violencias, trabajo en condiciones de igualdad y dignidad y salud plena.

Derecho a una vida libre de violencias

El racismo intensifica las violencias que enfrentan estas mujeres, configurando un entramado de agresiones físicas, psicológicas, sexuales, simbólicas y económicas. Según la actualización de la caracterización de las PRASP en Bogotá (Secretaría Distrital de la Mujer, 2022), las mujeres negras y afrocolombianas, en comparación con las mujeres blanco-mestizas, reportan mayores niveles de violencia sexual por parte de clientes (53% frente a 47%) y de otras personas (13% frente a 8%), así como más casos de retención de documentos o privación de libertad (6% frente a 3%). También enfrentan más violencia física de clientes (17% frente a 13 %) y de terceros (12% frente a 9%).

La violencia simbólica y psicológica también es constante. Las mujeres relatan miradas de desprecio, insultos y hostilidad en el espacio público, que se convierten en agresiones verbales recurrentes durante su trabajo:

“El 100 % de los comentarios los hacen personas que pasan por el lugar, en carros, con toda su familia. Desde los carros empiezan a gritarnos cosas.” (Entrevista 3, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025)

Estos actos, aparentemente cotidianos, producen un daño acumulado que afecta la autoestima, la estabilidad emocional y la posibilidad de habitar el espacio público sin miedo ni vergüenza.

Trabajo en condiciones de igualdad y dignidad

El racismo continúa limitando la movilidad social de las mujeres negras y afrocolombianas que realizan ASP. De acuerdo con el Informe de la actualización de la caracterización de personas que realizan actividades sexuales pagadas (Secretaría Distrital de la Mujer, 2022), las mujeres negras y afrocolombianas tienden a ubicarse en los niveles más bajos de auto-percepción socioeconómica, mientras que las mujeres blanco-mestizas se concentran con mayor frecuencia en niveles intermedios y altos.

El 76 % de las mujeres negras considera que sus ingresos no alcanzan para cubrir sus gastos básicos —nueve puntos porcentuales más que las blanco-mestizas— y una proporción mayor sostiene económicamente a otras personas. Asimismo, el 23 % lleva menos de un año residiendo en Bogotá, seis puntos porcentuales más que las blanco-mestizas, lo que evidencia mayores niveles de inestabilidad económica y residencial.

Las desigualdades también se reflejan en las condiciones en las que se ejercen las ASP. Entre las mujeres negras, la participación es más frecuente entre los 36 y 59 años, y predomina la modalidad de calle (51 % frente a 37 %). En contraste, las mujeres blanco-mestizas tienen mayor presencia en establecimientos cerrados (75 % frente a 68 %). Los datos del total de la muestra evidencian que la modalidad de calle concentra las condiciones más precarizadas para el ejercicio de las ASP: es allí donde se registran los ingresos más bajos —principalmente en rangos entre \$30.000 y \$50.000 o incluso menores—, al tiempo que se evidencia una mayor carga laboral, con un 37 % de trabajadoras activas siete días a la semana. A ello se suma que la violencia, que para la muestra general alcanza el 42,1 %, se incrementa de manera sustancial hasta el 69,9 % cuando el punto de contacto es la calle. En conjunto, estas tendencias indican que la calle es el espacio donde se profundizan tanto la inestabilidad económica como la exposición a discriminación y agresiones.

En el plano subjetivo, las percepciones de las mujeres negras sobre el ejercicio de las ASP revelan una tensión constante entre la agencia y la necesidad en contextos de desigualdad estructural. Aunque el 83 % considera que esta actividad se adapta mejor a sus tiempos —más que las blanco-mestizas (79 %)—, también es mayor la proporción que la asume como una práctica a la que deben recurrir, aunque preferirían no hacerlo (39,5 % frente a 33 %), o como la única opción disponible (74 % frente a 66 %). Esta paradoja se traduce en niveles más altos de insatisfacción: el 59 % manifiesta no sentirse satisfecha, frente al 50 % de las blanco-mestizas. Además, antes de realizar actividades sexuales pagadas, el 14 % de las mujeres negras se dedicaba a oficios del hogar, frente al 10 % de las blanco-mestizas, reflejando mayores obstáculos de acceso a empleos formales

Las brechas también se reflejan en la inseguridad alimentaria: la mitad de las mujeres que realizan ASP dejó de desayunar al menos un día en la última semana, y entre ellas, las mujeres negras y afrocolombianas señalaron con mayor frecuencia la falta de dinero como causa principal (55 % frente a 39 %). Este patrón se repite para el almuerzo (75 % frente a 57 %) y la cena (67 % frente a 50 %), lo que evidencia que la pobreza y la exclusión económica —manifestaciones del racismo estructural— afectan de manera directa las condiciones básicas de salud y bienestar.

Derecho a la salud plena

El racismo incide de manera directa en el derecho a la salud plena de las mujeres negras y afrocolombianas que realizan ASP, afectando tanto el acceso a los servicios como la calidad de la atención recibida. En el caso de las mujeres trans negras y afrocolombianas, las barreras se agravan por la exclusión institucional y la ausencia de programas especializados, lo que las expone a prácticas de hormonización empírica y procedimientos corporales inseguros realizados sin acompañamiento médico:

“(…) hubo en uno de esos momentos de hormonización que me di cuenta que estaba perjudicando mi salud (…) en esa época la hormonización de nosotras no era asesorada, sino empírica.” (Entrevista 8, comunicación personal, 9 de septiembre de 2025)

“Muchas chicas se inyectaban silicona o aceites sin control médico. Varias murieron o quedaron con secuelas graves, y cuando llegan al hospital los médicos les dicen que fue por vanidad, que ‘fueron brutas por meterse ese veneno’.” (Entrevista 8, comunicación personal, 9 de septiembre de 2025)

Estas experiencias, atravesadas por racismo, transfobia y desigualdad socioeconómica, muestran cómo la búsqueda de reconocimiento corporal se convierte en un riesgo vital ante la falta de atención integral y diferenciada. Los relatos también evidencian la negativa de algunos hospitales a brindar atención oportuna y la desinformación sobre rutas de urgencia, lo que pone en riesgo la vida de las mujeres trans:

“A las maricas por aquí no les informan que cuando las puñalean (…) este hospital no sirve para atender ese tipo de urgencias (…) las chicas no saben a dónde ir, y cuando no las remiten o no las atienden, terminan protestando o incluso enfrentándose con el personal (…) Mándeme una ambulancia urgencia que tengo una chica así que se está muriendo y necesitamos sacarla para otra parte. Pero ese es el trabajo del hospital. No, los hospitales solo cierran la puta reja.” (Entrevista 8, comunicación personal, 9 de septiembre de 2025)

La actualización de la caracterización de las personas que realizan ASP (Secretaría Distrital de la Mujer, 2022) confirma la existencia de desigualdades estructurales. Aunque las mujeres negras y afrocolombianas registran una mayor afiliación al sistema de salud que las mujeres blanco-mestizas (53 % frente a 47 %), la mayoría pertenece al régimen subsidiado (84 % frente a 78 %), lo que evidencia una dependencia de servicios con menor capacidad. Asimismo, reportan haber requerido atención médica con mayor frecuencia (47 % frente a 45 %), lo que puede asociarse a las condiciones de precarización.



femenino y culpabilización por la propia situación laboral, reforzando la idea de que la violencia es “merecida” o “normal” en un contexto donde la autonomía sexual de las mujeres ha sido sistemáticamente negada.

De manera paralela, el estigma interiorizado hacia las ASP opera como una tecnología de control que induce vergüenza, silencio y aislamiento, debilitando las capacidades de agencia y de exigibilidad de derechos. Estos procesos no actúan de forma aislada: se superponen y se retroalimentan, produciendo una subjetividad marcada por la racialización, la moralización y la precarización. Comprender esta interseccionalidad es clave para analizar cómo las mujeres negras que realizan ASP pueden, en ciertos momentos, reproducir discursos que legitiman su exclusión, al tiempo que enfrentan un entorno donde la discriminación racial, el control patriarcal y la estigmatización social son reforzados tanto desde fuera como desde dentro.

Las dinámicas de rivalidad y conflicto entre mujeres negras y entre distintos grupos de trabajadoras sexuales evidencian cómo los sistemas de opresión pueden operar desde adentro, modelando percepciones, relaciones y comportamientos. El racismo interiorizado, el patriarcado interiorizado y el estigma hacia las Actividades Sexuales Pagadas no sólo estructuran las miradas externas sobre estos cuerpos, sino que —como muestran los relatos— pueden filtrarse en los vínculos cotidianos, erosionando la solidaridad y naturalizando la competencia. En este escenario, la diferencia física, la posesión de clientes o la pertenencia territorial se vuelven factores que alimentan tensiones, distancias y desconfianzas.

Las propias mujeres lo expresan con claridad cuando señalan que “acá cada quien se cuida solo, incluso en ocasiones nosotras mismas, las negras, como que nos damos más duro, mantenemos como más rivalidad” (Entrevista 5, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025), explicando cómo la presión por los clientes y la incertidumbre económica intensifican enemistades: “nosotras las negras tenemos clientes en común, entonces la una se incomoda... entonces eso hace que nosotras no nos caigamos bien” (Entrevista 5, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025). En este marco, los sistemas de dominación logran que la estructura de desigualdad se vuelva parte de la vida cotidiana, desplazando la responsabilidad hacia las propias mujeres y minando los lazos que podrían fortalecer su agencia colectiva.

Esto se articula con dinámicas regionales, nacionales y de género, que reproducen lógicas de sectorización y conflicto: “las paisas se agarraban con las cucuteñas”, “las cucuteñas se agarraban con las de Bucaramanga”, generando “agarrones donde se agarraba no una tres maricas de este lado con cuatro maricas de este lado” (Entrevista 8, comunicación personal, 09 de septiembre de 2025). Estas disputas, que pueden leerse como expresión de un estigma interiorizado que divide en lugar de unir, se intensifican en un contexto marcado por la precarización, la violencia urbana y la ausencia de garantías de protección. La gravedad de estas tensiones aparece con contundencia en testimonios sobre agresiones físicas severas, incluso letales, dentro de la población: “a ella la mataron en una discoteca, la degolló XXXX mientras bailaba por temas con los clientes en el agarrón de gremio contra gremio”.

A pesar de las múltiples barreras, los relatos evidencian diversas formas de agencia individual y colectiva que las mujeres negras y afrocolombianas que realizan ASP despliegan para protegerse, mantener su autonomía y construir redes de apoyo frente a la violencia social e institucional.



“He sido grosera en algunas ocasiones porque depende cómo me traten; así mismo les devuelvo el trato (...) volvería a nacer y escogería este color porque lo amo, me siento bien por la persona que soy.” (Entrevista 3, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025)

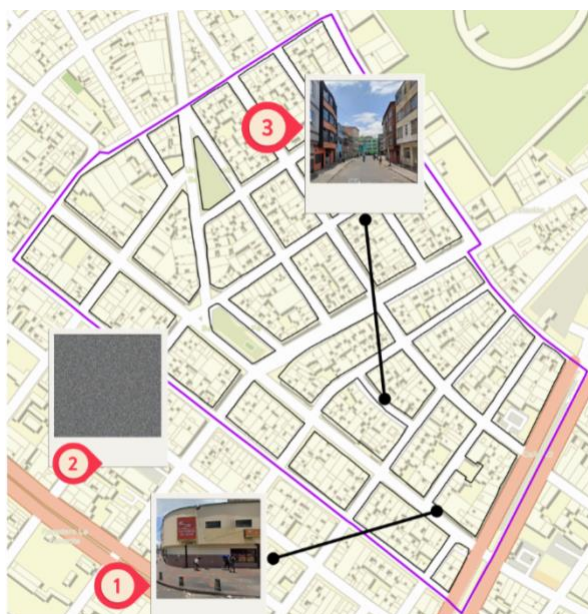
“Cuando empiezan a gritarme así yo les digo: ‘sigue gritando todo lo que quieras’; mientras nos gritan simio, nosotras seguimos firmes.” (Entrevista 3, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025)

Asimismo, las mujeres recurren a la migración y el desplazamiento como medios de autonomía económica y protección, buscando entornos donde puedan realizar ASP sin sentirse juzgadas por sus familias o comunidades de origen:

“En mi ciudad de origen tengo familia, allá no puedo trabajar; en cambio acá nadie me conoce, vivo sola.”
(Entrevista 5, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025)

En el plano colectivo, la agencia se expresa en la construcción de redes de cuidado mutuo. La Ilustración 3 presenta algunos de estos espacios.

Ilustración 5. Cartografía barrio Santa Fe



Fuente: elaboración propia a partir de las entrevistas y de imágenes de Google maps.

La imagen 1 en la Ilustración 5 muestra el callejón ubicado entre las carreras 14 y 15, detrás de la Surtidora de Aves, reconocido por las participantes como un lugar tradicionalmente habitado y transitado por mujeres afro que realizan ASP. Espacios como la “cuadra de las negras” han funcionado como lugares de protección y arraigo, donde las mujeres se reconocen entre sí y articulan estrategias de autoprotección frente a la violencia. La familiaridad con el entorno y la presencia de compañeras refuerzan la confianza:

“Desde que llegamos siempre llegamos en esta cuadra, y esa fue la cuadra de las negras. Uno no se siente cómodo trabajando en otro lado, porque es peligroso, entonces siempre nos paramos por aquí.”
(Entrevista 1, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025)

“Es donde nos sentimos más seguras, porque si me pasa algo sé que ahí tengo el apoyo de las personas que me conocen, que me están viendo.” (Entrevista 6, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025)

“Entonces si yo encuentro mayoría de mis paisanas costeñas, claro, yo me quedo donde están mis paisanas costeñas mientras que comienzo ya a conocer.” (Entrevista 8, comunicación personal, 9 de septiembre de 2025)

La Imagen 2 hace referencia a uno de los hoteles emblemáticos del sector, donde se consolidó una alianza entre una mujer trans propietaria de un hotel y una mujer negra propietaria de un restaurante, ambos ubicados en el mismo edificio. Este vínculo generó un espacio compartido que integró dimensiones económicas, afectivas y de cuidado mutuo:

“Ahí no solamente trabajan las chicas negras, sino que hace muchos años trabajaban las chicas negras con la chica trans y pues se cuidaban, comían juntas y ejercían su trabajo sexual como más confiadas de que si algo pasaba pues ahí estaban las otras pendientes.” (Entrevista 8, comunicación personal, 9 de septiembre de 2025)

La Imagen 3, conocida como el “callejón de los niches” (calle 16A), recoge la memoria de un espacio que durante décadas fue un núcleo de arraigo comunitario para mujeres negras y afrocolombianas. Allí coexistieron viviendas, hoteles, restaurantes y redes familiares que fortalecieron la identidad colectiva. Aunque el territorio ha sido transformado por la violencia urbana, el control de actores armados y la renovación del sector, persisten recuerdos de ese tejido comunitario: “Ahí siempre se han sentido seguras... era habitual que las chicas afro trabajaran y vivieran en ese callejón.” (Entrevista 8, comunicación personal, 9 de septiembre de 2025)

Las redes de cuidado se han sostenido mediante prácticas de vigilancia comunitaria, acuerdos sobre fronteras invisibles y sistemas de alerta que se activan cuando alguna compañera enfrenta riesgo, “Antes de los WhatsApp mandábamos mensajes: si alguien llevaba una hora con un cliente y no sabíamos nada, enviábamos alerta.” (Entrevista 4, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025). Estos mecanismos emergen ante la insuficiencia de la protección social e institucional y han permitido a las mujeres construir seguridad colectiva, “Aquí todas somos aceptadas por lo que somos; afuera sí corremos riesgo de que nos traten mal.” (Entrevista 2, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025).

Entre las mujeres trans, las figuras de las “madres” han sido fundamentales para mediar conflictos, enfrentar violencias y negociar el tránsito seguro en zonas con fronteras invisibles, “Las madres fueron quienes permitieron que pudiéramos pasar esas líneas donde antes era una palera segura.” (Entrevista 4, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025).

Los datos cuantitativos confirman esta dimensión colectiva: aunque las mujeres negras y afrocolombianas utilizan menos servicios de seguridad privada (13 % frente a 16 %), recurren con mayor frecuencia a prácticas comunitarias

de autocuidado como informar a sus compañeras sobre su ubicación (79 % frente a 76 %). También diversifican sus redes de apoyo, acudiendo menos a la pareja y más a familiares extendidos (35 % frente a 30 %) y a profesionales especializados (15 % frente a 10 %). Su participación en organizaciones sociales, aunque limitada, es ligeramente mayor que la de las mujeres blanco-mestizas (9 % frente a 6 %).

En este escenario, espacios como la “cuadra de las negras” —históricamente lugar de arraigo, protección y solidaridad— han perdido parte de su valor simbólico y político. Las tramas de cuidado que sostenían la vida colectiva se han visto erosionadas por dinámicas de supervivencia que priorizan la rentabilidad y profundizan la autoexplotación. Entre las mujeres más jóvenes predominan narrativas que explican el territorio desde la competencia y la segmentación del mercado sexual, lo cual evidencia tanto la pérdida de memoria territorial como el debilitamiento de la solidaridad interna: *“Será porque a los clientes que les gustan las morenas saben que están ahí. Ya es un lugar donde tradicionalmente se juntan y eso facilita el trabajo”* (Entrevista 5, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025).

En contraste, las voces de mujeres mayores y de mujeres trans recuperan el territorio como espacio de memoria, resistencia y cuidado colectivo, subrayando su importancia histórica para la continuidad de la vida comunitaria en el barrio. Comprender esta tensión intergeneracional exige identificar los hitos territoriales que han marcado la constitución y transformación del barrio Santa Fe, pues estos se entrelazan con los cambios en los sentidos del territorio, la memoria, el cuidado colectivo, las trayectorias vitales y la fragmentación del tejido social. A continuación, se presenta una breve reseña del barrio, articulando las memorias de las mujeres con las transformaciones urbanísticas y normativas que han incidido en sus vidas.

El Barrio Santa Fe: segregación, desplazamiento, cuidado colectivo y memoria.

El barrio Santa Fe, ubicado en la localidad de Los Mártires, ha sido históricamente un territorio de recepción y tránsito para poblaciones diversas. Fundado en 1937 como parte del plan regulador de Karl Brunner, encarnó las aspiraciones de modernidad de la Bogotá de mediados del siglo XX: viviendas amplias, servicios públicos y una activa vida bohemia e intelectual (Infante, 2020; Olivós Lombana, 2018). Durante la Segunda Guerra Mundial, el barrio acogió comunidades extranjeras —como familias judías y migrantes europeos—; posteriormente, recibió personas desplazadas por el conflicto armado interno y, en años recientes, población migrante venezolana (Infante, 2020).

A partir de la década de 1970, la transformación urbana de Bogotá modificó la tradicional lógica de segregación centro–periferia, sustituyéndola por una dinámica norte–sur. Este cambio desplazó la centralidad económica hacia el norte y marcó el declive de Los Mártires como zona residencial de clases medias. Los flujos migratorios se orientaron hacia la periferia, mientras el centro dejó de ser un destino de asentamiento para convertirse en un espacio de tránsito (Mejía, 2007).

La reestructuración urbana, sumada a la deslocalización de actividades —como el traslado de las plazas de mercado mediante el Decreto 1283 de 1970—, produjo un progresivo vaciamiento del área, que fue ocupada por poblaciones empobrecidas, muchas de ellas con trayectorias marcadas por el desplazamiento y con medios de

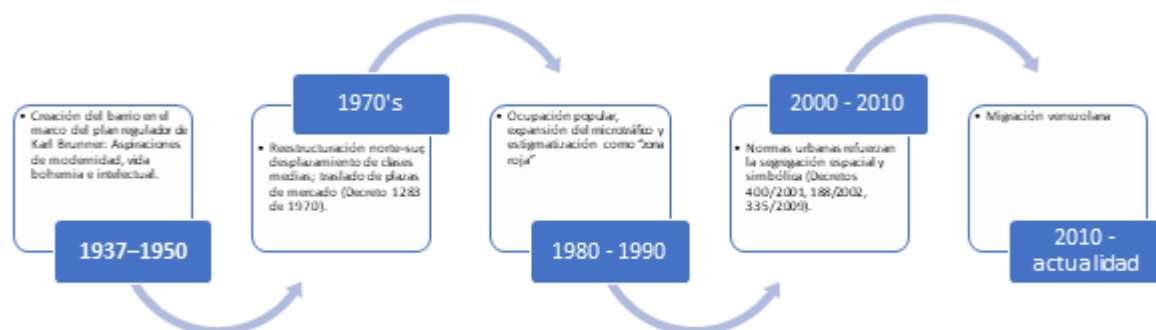
vida vinculados a la economía informal, como el reciclaje, las ventas ambulantes o las actividades sexuales pagadas (Mejía, 2007; Pérez, 2013).

Este proceso se acentuó con el reemplazo de la propiedad individual por un modelo de arriendo múltiple e inquilinato, que generó alta movilidad residencial, hacinamiento y debilitamiento del tejido comunitario debido al aumento de la población flotante. Muchas viviendas se transformaron en bodegas, talleres, hoteles de paso o casas de lenocinio, mientras las políticas de control urbano sustituyeron las estrategias de integración social. Durante los años ochenta, las dinámicas del narcotráfico y el microtráfico profundizaron la imagen del sector como una zona insegura, especialmente con la consolidación de El Cartucho, Cinco Huecos y el Bronx, que afectaron la seguridad y la percepción pública del área (Mejía, 2007; Lombana, 2018).

Las respuestas normativas del Distrito contribuyeron a consolidar esa mirada. El Decreto 400 de 2001, expedido tras una acción de tutela que ordenaba delimitar “zonas de tolerancia” para el trabajo sexual¹, formalizó la segregación funcional del espacio urbano al concentrar esta actividad en áreas previamente deterioradas, como el barrio Santa Fe. Posteriormente, el Decreto 188 de 2002 amplió el alcance de la norma al incluir zonas de renovación urbana y establecer condiciones urbanísticas, sanitarias y sociales para los establecimientos donde se ejerce esta labor. Sin embargo, al incorporar estas áreas dentro de las denominadas Zonas de Servicios de Alto Impacto (ZESAI), se consolidó un régimen de excepción territorial que profundizó el deterioro físico y social del sector. Más tarde, el Decreto 335 de 2009 derogó las disposiciones anteriores y orientó la intervención hacia planes parciales de renovación urbana, aunque mantuvo una lógica centrada en el control y la vigilancia, más que en el reconocimiento de derechos o en la mejora integral del hábitat (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2001; 2002; 2009).

En conjunto, la planificación urbana y la regulación normativa configuraron al Santa Fe como un espacio de contención, donde el uso del suelo legitimó la exclusión social bajo los discursos del orden, la moral y la salubridad (Mejía, 2007; Pérez, 2013; Lombana, 2018). Como plantea Vargas (2010), las mujeres que ejercen prostitución ocupan un lugar de frontera en el imaginario social, donde convergen los estigmas de género, sexualidad y pobreza. En ese sentido, la segregación urbana del Santa Fe no puede comprenderse únicamente como un fenómeno económico o morfológico, sino también como una producción simbólica y política del espacio, en la que racismo, clasismo y patriarcado se entrelazan en las formas de planear y regular la ciudad.

Ilustración 6. Transformación territorial del barrio Santa Fe



Fuente: elaboración propia a partir de Infante (2020); Olivos Lombana (2018) y Mejía (2007)

En este panorama, algunas de las mujeres negras y afrocolombianas entrevistadas realizaron un ejercicio de memoria sobre sus trayectorias en el barrio Santa Fe, evidenciando cómo este territorio se configura como un espacio atravesado por múltiples formas de desplazamiento, control y resistencia.

Desplazamiento intraurbano

El desplazamiento intraurbano aparece como una constante en sus historias de vida. Varias mujeres relataron cómo, desde su llegada a Bogotá, han debido trasladarse de una zona a otra dentro del mismo barrio o hacia otras localidades, en respuesta tanto a intervenciones institucionales como a dinámicas de violencia y control territorial:

“Porque es que no hay que olvidar que hemos sido desplazadas y que estamos siendo desplazadas, porque cuando yo llegué yo empecé a ejercer el trabajo sexual en la Circunvalar, y de ahí fui bajando a la Candelaria, de la Candelaria a la Séptima, donde está Terraza Pasteur; después llegamos acá al barrio y mira que ya vulgarmente estamos desplazándonos por toda esa cuestión de obras, ya estamos bajando a la 30, ¿sí? O digamos que de otra manera se está migrando a otras localidades.” (*Entrevista 4, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025*)

Por otra parte, el desplazamiento intraurbano también ha sido consecuencia de acciones institucionales:

“Porque según no se podía ejercer el trabajo sexual, estábamos en vía pública, no apta para hacerlo, era uno de los primeros argumentos. Que los vecinos se quejaban que a veces había comportamientos violentos o altercados y agarrones entre las chicas con los clientes, por robarlos, por tal cosa, por querer más plata. Entonces era muy compleja, o sea, había muchos factores que influían de pronto para que los policías nos quisieran sacar del territorio.” (*Entrevista 8, comunicación personal, 09 de septiembre de 2025*)

En el contexto de estos operativos también se describieron detenciones arbitrarias, extorsiones, violencias sexuales coercitivas y humillaciones. Una de las mujeres afirmó que en su lugar de origen “había mucha violencia por parte de la policía contra las putas” y que, al llegar a Bogotá, encontró que “lo mismo que había allí con las autoridades todavía estaba vigente aquí: las batidas, los reclutamientos, meternos 24 horas en una estación, el maltrato” (Entrevista 3, comunicación personal, 24 de septiembre de 2025). Las llamadas batidas —operativos policiales y militares de control que acarrearán procedimientos irregulares o ilegales— fueron recordadas como experiencias violentas. Las entrevistadas señalaron que, especialmente en la noche, los agentes actuaban con total impunidad, al no existir personas que registraran los abusos. En varios casos, estas detenciones derivaban en violencias sexuales institucionales mediadas por coacción, presentadas como un “intercambio” para recuperar la libertad:

“Había muchas violaciones por parte de la policía que uno veía como intercambio sexual, pero no era consensuado (...). El policía me decía que si se la mamaba salía ya... una, con tal de no quedarse toda la noche, lo hacía” (Entrevista 8, comunicación personal, 9 de septiembre de 2025).

Prácticas como cortar el cabello a mujeres trans durante las batidas eran utilizadas como mecanismos de castigo: “Era muy difícil que una trans tuviera el pelo largo, porque tanto el Ejército como la Policía nos lo cortaban si nos cogían...” (Entrevista 8, comunicación personal, 9 de septiembre de 2025). Los datos de la Actualización de la caracterización de las PRASP en Bogotá (Secretaría Distrital de la Mujer, 2022) confirman la persistencia de estas violencias institucionales y su carácter diferenciado. El 9 % de las mujeres afrocolombianas reportó haber sufrido violencia por parte de la fuerza pública, frente al 7 % de las blanco-mestizas, lo que evidencia prácticas discriminatorias y una mayor exposición a agresiones en la intersección entre racismo, sexismo y estigma.

Finalmente, es importante destacar que este desplazamiento intraurbano se superpone a trayectorias previas de movilidad forzada. De acuerdo con la misma actualización, el 26 % de las mujeres negras que realizan ASP ha sido víctima del conflicto armado, frente al 9 % de las mujeres mestizas, lo que refleja la continuidad histórica de la violencia sociopolítica que afecta de manera desproporcionada a la población afrocolombiana y que condiciona sus rutas de vida en la ciudad.

A la par de las medidas institucionales, las mujeres identifican la presencia de bandas criminales y grupos armados que ejercen control territorial sobre las calles, hoteles y establecimientos, generando condiciones de riesgo y violencia:

“Trabajan todo el tráfico de droga, son los que más controlan la zona. (...) Si no les gusta cómo trabajas o si creen que generas problema, te dicen que te vayas, que no te quieren ver por ahí.” (Entrevista 8, comunicación personal, 09 de septiembre de 2025)

Nuevos procesos de desplazamiento

En los últimos años, las entrevistadas identifican un nuevo proceso de desplazamiento y reorganización territorial posterior a la pandemia. La crisis sanitaria profundizó la precarización de las ASP y, junto con la llegada masiva de mujeres migrantes venezolanas, se dio una transformación económica y social del barrio:

“Con la llegada de las venezolanas, más de una emigró hacia otro entorno, porque la competencia se puso más dura. Nos disminuyó demasiado el trabajo.” (Entrevista 8, comunicación personal, 09 de septiembre de 2025)

Vale la pena mencionar que esta disminución del trabajo que narraron las entrevistadas es el resultado de la precarización de la vida -y de las condiciones de trabajo- de las mujeres venezolanas. Muchas de ellas migraron forzadas por la crisis humanitaria y, al llegar a Colombia, enfrentaron barreras para acceder al empleo formal debido a la irregularidad migratoria, la xenofobia y la aporofobia. Estas limitaciones las empujaron hacia el sector informal y, particularmente, a las ASP, donde no se exigen documentos ni certificaciones:

“Las opciones son pocas y las necesidades no dan espera; por eso recurrir al trabajo sexual es libre, allí no te piden papeles, exámenes, no importa el título que tengas.” (Taller participativo PRASP, 2022, como se citó en Secretaría Distrital de la Mujer, 2022)

A ello se suma la presencia de nuevos actores criminales que disputan el control del territorio, como el *Tren de Aragua*, que aprovecha la vulnerabilidad de las migrantes para expandir economías ilegales vinculadas a la trata y la explotación sexual:

“Después de la migración venezolana, las colombianas se desplazaron de las zonas porque la población migrante vino a apoderarse de ciertos territorios. Y debajo de eso también están los problemas de droga, trata y explotación sexual.” (Entrevista 9, comunicación personal, 04 de septiembre de 2025)

Paralelamente, la expansión de modalidades digitales de trabajo sexual ha transformado el mercado, reduciendo los ingresos de las PRASP de calle y de establecimientos:

“Hoy en día hay mucha competencia con el sexo virtual, con las aplicaciones. Ya el hombre no necesita salir a la calle, porque con el celular encuentra lo que quiere.” (Entrevista 8, comunicación personal, 09 de septiembre de 2025)

Comprender la discriminación interseccional que enfrentan las mujeres negras y afrocolombianas que realizan ASP exige, finalmente, situarla en una geografía concreta. Las jerarquías raciales, patriarcales y morales no operan en abstracto: se inscriben en un territorio marcado por transformaciones urbanas, economías informales, lógicas de control territorial y trayectorias acumuladas de violencia y desplazamiento. La territorialización del racismo y del estigma hacia las ASP produce condiciones materiales y simbólicas que restringen la movilidad, la seguridad y la posibilidad de ejercer derechos. Reconocer estas dinámicas espaciales permite identificar cómo la ciudad no

solo reproduce desigualdades históricas, sino que también las reorganiza, generando formas específicas de vulneración que afectan de manera desproporcionada a las mujeres negras y afrocolombianas. Por ello, un enfoque interseccional debe ser, necesariamente, también un enfoque territorial, capaz de leer cómo las estructuras de poder toman forma en el espacio urbano y condicionan las vidas, los cuerpos y las oportunidades de las mujeres.

Conclusiones

- Las mujeres negras y afrocolombianas que realizan actividades sexuales pagadas en Bogotá enfrentan un entramado de desigualdades que no puede comprenderse si se analiza cada factor por separado. Su experiencia está marcada por la convergencia del racismo que privilegia la blanquitud, las jerarquías de género propias de un orden patriarcal y colonial y la estigmatización y segregación territorial asociadas a las ASP. Un enfoque interseccional situado permite evidenciar que estas formas de violencia no son aditivas, sino estructurantes: configuran posiciones sociales diferenciadas que determinan sus oportunidades, riesgos y márgenes de agencia en la vida cotidiana.
- La discriminación interseccional combina racismo, sexismo y estigma hacia quienes ejercen actividades sexuales pagadas. Esta convergencia se expresa en un mayor nivel de agresiones simbólicas: el 47 % de las mujeres negras y afrocolombianas reportó expresiones humillantes o discriminatorias, una proporción significativamente superior a la registrada entre mujeres blanco-mestizas (36 %).
- Las mujeres negras que realizan actividades sexuales pagadas no solo enfrentan mayores niveles de discriminación, sino que la racialización de sus cuerpos puede intensificar el riesgo de violencias físicas, sexuales, psicológicas y simbólicas en el barrio Santa Fe dado que el cuerpo negro es leído como “fuera de lugar” o amenazante. Estas violencias se entrelazan con dinámicas de control territorial ejercidas por bandas criminales, generando mecanismos de castigo (como desplazamientos, torturas, depojo) que profundizan la vulneración de derechos, en un grado más severo que el que enfrentan otras mujeres negras en la ciudad.
- La racialización de los cuerpos de las mujeres negras y afrocolombianas en las actividades sexuales pagadas se expresa en su hipersexualización y en la idea de una supuesta “resistencia al dolor”, lo que aumenta su exposición a violencias físicas, sexuales y simbólicas. Aunque se les atribuyen rasgos considerados “atributos sexuales”, estas representaciones no se reflejan en mejores ingresos: trabajan más horas —el 33 % ejerce a diario, frente al 25 % de las mujeres blanco-mestizas— pero ganan menos y cobran tarifas más bajas. Estas brechas están ancladas en un ideal hegemónico de feminidad —blanca, delgada, cisgénero y heterosexual— que define jerarquías en los mercados sexuales y limita los espacios laborales disponibles. Frente a estas presiones, las mujeres negras reportan más intervenciones corporales (10% vs 7%), evidenciando cómo el racismo estético continúa moldeando sus condiciones y oportunidades en las ASP.
- La convergencia entre racismo, patriarcado y estigma de las ASP se traduce en barreras en la garantía de derechos. Se observan niveles más altos de violencias físicas, sexuales y simbólicas —con brechas que alcanzan hasta seis puntos porcentuales frente a mujeres mestizas en agresiones sexuales o retención de

documentos—, así como mayor precariedad económica, inestabilidad residencial y peores condiciones en el ejercicio de las ASP: el 76 % no logra cubrir sus gastos básicos, predomina la modalidad de calle y se registran mayores niveles de insatisfacción y percepción de falta de alternativas. Estas desigualdades se agravan en el ámbito de la salud, especialmente entre mujeres trans negras, quienes enfrentan hormonización empírica y procedimientos inseguros.

- Este entramado de desigualdades produce formas de interiorización que afectan la autopercepción y el bienestar emocional de las mujeres que realizan ASP. La normalización de la desigualdad, la desvalorización y la rivalidad entre pares —alimentada por dinámicas de competencia y desconfianza— debilitan los lazos de solidaridad. Según los relatos, estas tensiones pueden derivar en violencias entre mujeres y ser instrumentalizadas por actores blanco-mestizos o grupos armados para legitimar nuevas agresiones, reforzando el ciclo de exclusión.
- La agencia y las resistencias de las mujeres negras y afrocolombianas se expresa tanto en acciones individuales de defensa, autoafirmación y movilidad estratégica, como en la construcción de redes históricas de cuidado que han sostenido la seguridad colectiva en el barrio Santa Fe. Frente a la insuficiencia de la protección institucional y al deterioro del tejido social, estas redes articulan memoria territorial, solidaridad cotidiana y estrategias de autoprotección colectiva.
- El ordenamiento territorial y las políticas urbanas en Bogotá han configurado un patrón de segregación y desplazamiento urbano en las zonas donde se realizan actividades sexuales pagadas a través de la creación de “zonas de tolerancia” y su transformación en ZESAI consolidaron una geografía del estigma que legitimó la exclusión bajo discursos de control, moral y salubridad. Las narrativas evidencian trayectorias marcadas por desplazamientos continuos —primero por la violencia sociopolítica en otras zonas del país y luego por intervenciones estatales, disputas entre actores armados, acciones de “recuperación del espacio público” y obras públicas como el metro— que restringen el derecho a habitar la ciudad en condiciones de dignidad. Estas dinámicas configuran el territorio como un dispositivo de control que reproduce dinámicas de despojo y limita el ejercicio pleno de sus derechos.

Recomendaciones

Secretaría Distrital de la Mujer

- Fortalecer los protocolos de atención a violencias basadas en género en el marco de las actividades sexuales pagadas, garantizando su difusión con enfoque diferencial.
- Transversalizar el enfoque de atención a mujeres que realizan ASP en todos los servicios institucionales (CIOM, Línea Púrpura, Duplas psicojurídicas, etc.) reconociendo que la estrategia de Casa de Todas resulta limitada ante escenarios de desplazamiento intraurbano.
- Realizar un estudio específico sobre mujeres migrantes y las dinámicas de las ASP en contextos de control territorial de estructuras armadas como el Tren de Aragua, para diseñar estrategias de prevención y protección ajustadas a sus realidades.

Secretaría Distrital de Integración Social

- Ampliar la oferta de jardines infantiles nocturnos, priorizando a hijas e hijos de mujeres cuidadoras que realizan ASP, mediante la extensión del servicio existente y la adecuación de horarios flexibles.
- Garantizar el acceso a comedores comunitarios y programas de seguridad alimentaria con cupos diferenciales para mujeres negras y afrocolombianas que realizan ASP y sus núcleos familiares, en respuesta a las altas tasas de inseguridad alimentaria identificadas.

Secretaría Distrital de Salud

Desarrollar jornadas informativas y pedagógicas sobre el acceso a servicios de salud y la diferenciación de niveles de atención según el tipo de urgencia, con el fin de mejorar la respuesta institucional y reducir la exclusión en la atención médica, especialmente a mujeres trans y afrodescendientes.

Secretaría Distrital de Planeación

Revisar los modelos actuales de zonificación asociados al ejercicio de las ASP, promoviendo alternativas urbanas que no reproduzcan segregación espacial ni estigmatización, y que garanticen condiciones seguras y dignas para quienes realizan ASP.

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Fortalecer iniciativas de memoria colectiva y reparación simbólica a través del arte, la cultura y la apropiación del espacio público, que reconozcan los aportes, resistencias y trayectorias de las mujeres negras y afrocolombianas en el barrio Santa Fe.

Bibliografía

- **Alcaldía Mayor de Bogotá.** (1970). *Decreto 1283 de 1970, por el cual se dictan normas sobre la localización de plazas de mercado en Bogotá.* Diario Oficial de la República de Colombia.
- **Alcaldía Mayor de Bogotá.** (2001). *Decreto 400 de 2001, por el cual se reglamenta la localización y funcionamiento de establecimientos donde se ejerce la prostitución.* Diario Oficial de la República de Colombia.
- **Alcaldía Mayor de Bogotá.** (2002). *Decreto 188 de 2002, por el cual se modifica parcialmente el Decreto 400 de 2001.* Diario Oficial de la República de Colombia.
- **Alcaldía Mayor de Bogotá.** (2007). *Diagnóstico local de Los Mártires.* Secretaría Distrital de Planeación.
- **Alcaldía Mayor de Bogotá.** (2009). *Decreto 335 de 2009, por el cual se actualizan las zonas de alta mixtura y las condiciones para el funcionamiento de establecimientos abiertos al público donde se ejerce la prostitución.* Diario Oficial de la República de Colombia.
- **Alcaldía Mayor de Bogotá – Secretaría Distrital de Planeación.** (2010). *Análisis de la centralidad tradicional y procesos de renovación urbana en el centro de Bogotá.* SDP.
- **Barbosa, R. M., & Facchini, R.** (2008). O legado de Heleieth Saffioti: contribuições para os estudos de gênero no Brasil. *Cadernos Pagu*, (31), 11–41. <https://doi.org/10.1590/S0104-83332008000200002>
- **Caicedo, L.** (2011). *Inquilinatos y transformaciones urbanas en el centro de Bogotá: el caso de Los Mártires.* Universidad Nacional de Colombia.
- **Chaparro, N.** (2002). El centro tradicional de Bogotá: transformaciones urbanas y retos de revitalización. *Bitácora Urbano Territorial*, 1(6), 45–63.
- **Corte Constitucional de Colombia.** (2016). *Sentencia T-594 de 2016.*
- **Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE).** (2020). *Datos sobre población que se autorreconoce como negra, afrocolombiana, raizal y palenquera.* DANE.
- **Essed, P.** (1991). *Understanding everyday racism: An interdisciplinary theory.* Sage Publications.
- **Espinosa-Miñoso, Y.** (2014). Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica. *El Cotidiano*, 29(184), 7–18.
- **Fanon, F.** (1952). *Piel negra, máscaras blancas.* Akal.
- **Fassin, D.** (2013). *Enforcing order: An ethnography of urban policing.* Polity Press.
- **Goffman, E.** (1963). *Stigma: Notes on the management of spoiled identity.* Prentice Hall.
- **Hall, S.** (1997). *Representation: Cultural representations and signifying practices.* Sage Publications.
- **Infante Vega, L. V.** (2020). *Pedagogizando desde la putería: reflexiones de trabajadoras sexuales lideresas del barrio Santa Fe en el marco del diplomado “Justicia de género y memoria: tejiendo saberes y resistencias”.* Documento de trabajo no publicado.
- **Jaramillo, S.** (1994). *Hacia una teoría de la urbanización latinoamericana: el caso de Bogotá.* CEDE–Universidad de los Andes.
- **Jaramillo, S.** (2008). Segregación socio-espacial en Bogotá: causas, efectos y políticas públicas. *Territorios*, (18), 11–39.
- **Lerma, B. R. L.** (2010). Mujeres negras (sirvientas, putas, matronas): una aproximación a la mujer negra de Colombia. *Temas de Nuestra América: Revista de Estudios Latinoamericanos*, 26(49), 135–158.
- **Link, B. G., & Phelan, J. C.** (2001). Conceptualizing stigma. *Annual Review of Sociology*, 27, 363–385. <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.27.1.363>
- **Mejía, F. A. C.** (2007). *Historia del desarrollo urbano del centro de Bogotá.* Alcaldía Mayor de Bogotá.

- **Mejía Pavony, G.** (1998). *La ciudad de los invisibles: prostitución, pobreza y marginalidad en el centro de Bogotá (1930–1950)*. Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- **Moreno Figueroa, M. G.** (2022). Entre confusiones y distracciones: mestizaje y racismo anti-negro en México. *Estudios Sociológicos*, 40(Especial), 87–118. <https://doi.org/10.24201/es.2022v40nEspecial.2084>
- **Observatorio de Cultura Urbana.** (2012). *Santa Fe: memorias de un barrio*. Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.
- **Olivos Lombana, A.** (2018). *Prostitución y “mujeres públicas” en Bogotá, 1886–1930*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana. <https://public.digitaliapublishing.com/a/59779>
- **Omi, M., & Winant, H.** (2014). *Racial formation in the United States* (3rd ed.). Routledge.
- **Palacios Córdoba, E. M.** (2019). Sentipensar la paz en Colombia: oyendo las reexistentes voces pacíficas de mujeres negras afrodescendientes. *Memorias*, (38), 131–161. <https://doi.org/10.14482/memor.38.303.66>
- **Parias, M.** (2005). *Historia de los barrios del centro de Bogotá: Santa Fe y Los Mártires*. Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.
- **Pecheny, M.** (2003). *Sexo y política: la homosexualidad en la Argentina*. CLACSO.
- **Pereira Vásquez, C. A.** (2024). *El negro no es sólo un color: discriminación racial y afectaciones psicosociales...* Trabajo académico en proceso de publicación.
- **Pineda, J.** (2013). Endorracismo y subjetividad: notas para pensar el racismo interiorizado en Colombia. *Revista CS*, (11), 69–94.
- **Pineda, J.** (2018). *Racismo y discriminación racial en Colombia: aproximaciones críticas*. Universidad del Valle.
- **Quijano, A.** (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 50(168), 533–580.
- **Ramírez, B., & Díaz, C.** (2016). Reestructuración urbana y desplazamiento en el centro tradicional de Bogotá. *Dearq*, (18), 48–63.
- **Restrepo, E.** (2013). *Etnización de la negritud: la invención de las “comunidades negras” como grupo étnico en Colombia*. Editorial Universidad del Cauca.
- **Romaña Rivas, Y. A.** (2020). *El racismo en la cotidianidad: una manifestación del racismo estructural en Colombia*. Afro-Latin American Research Institute, Harvard University. https://certificadoalari.fas.harvard.edu/files/certificadoalari/files/aviso_certificado_.pdf
- **Sánchez, F.** (2004). *Urbanismo y políticas de control territorial en Bogotá: la producción social de la marginalidad urbana*. Universidad Nacional de Colombia.
- **Santiesteban-Mosquera, N.** (2017). *El color del espejo: narrativas de vida de mujeres negras en Bogotá*. Manuscrito no publicado.
- **Secretaría Distrital de la Mujer.** (2020). *Condiciones de vida y derechos de las mujeres que ejercen trabajo sexual en el barrio Santa Fe*. SDMujer.
- **Secretaría Distrital de la Mujer.** (2022). *Informe de caracterización de personas que realizan trabajo sexual (ASP)*. https://omeg.sdmujer.gov.co/phocadownload/2023/01%20Informe_Caracterizacion ASP.pdf
- **Secretaría Distrital de Planeación (SDP).** (2023). *Política Pública de la Población Negra, Afrocolombiana y Palenquera en Bogotá D.C. 2024–2036 (CONPES 39)*. <https://www.sdp.gov.co>
- **Segato, R.** (2010). *Las estructuras elementales de la violencia*. Prometeo.
- **Téllez, A.** (2018). *El trabajo sexual en Bogotá: dinámicas territoriales, violencias y políticas públicas*. Universidad Nacional de Colombia.

- **Torres, C.** (2013). La transformación del centro de Bogotá: segregación y nuevas centralidades. *Ciudades, Estados y Política*, 1(1), 87–108.
- **Wacquant, L.** (2009). *Castigar a los pobres: El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Gedisa.

RACISMO, DISCRIMINACIÓN Y VIOLENCIAS:

experiencias de mujeres
afrocolombianas que
realizan actividades
sexuales pagadas
en Bogotá